

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
FLACSO-ECUADOR**

**MAESTRIA EN CIENCIAS SOCIALES
ESPECIALIZACIÓN: ANTROPOLOGÍA SOCIAL**

TESIS

“Mujeres en el trueque en Argentina: las implicaciones de su participación”

PILAR EGÜEZ GUEVARA

Marzo 2005

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
FLACSO-ECUADOR**

**MAESTRIA EN CIENCIAS SOCIALES
ESPECIALIZACIÓN: ANTROPOLOGÍA SOCIAL**

TESIS

“Mujeres en el trueque en Argentina: las implicaciones de su participación”

PILAR EGÜEZ GUEVARA

Asesora de Tesis: Emilia Ferraro

Lectoras: Gioconda Herrera

Alexandra Martínez

Tesis realizada en el periodo Junio 2003-Julio 2004

Índice

Síntesis	5
Introducción	6
Revisión de la literatura relevante y supuestos teóricos	10
Metodología	13
I. Parte I - El punto de vista de los actores: ¿porque las mujeres participan más?	15
I.1. Roles: Trueque entre amas de casa	18
I.2. ¿Las mujeres son más solidarias? Los valores morales que se asocian a las mujeres	22
I.2.a. ¿De los roles derivan los valores?	22
I.2.b. La comunidad solidaria del trueque: el discurso de los promotores	27
I.3. Dinero y créditos: marcadores simbólicos que delimitan el mercado y el trueque	31
I.4. Reflexión conclusiva	39
II. PARTE II - Las mujeres de Brazos Solidarios.	43
II.1. Antecedentes del nodo Brazos Solidarios: lazos preexistentes	44
II.2. Valores y relaciones sociales en el trueque: Brazos Solidarios respecto a otros nodos	47
II.2.a. Trueque: Circulación de recursos y relaciones.	47
II.2.b. El discurso de la solidaridad de las mujeres de Brazos Solidarios	53
II.3. Brazos Solidarios como un espacio de empoderamiento	58
II.3.a. Intereses prácticos y estratégicos de género	59
II.3.b. Empoderamiento en Brazos Solidarios	61
II.3.c. Identidad	62
II.3.d. Reconocimiento y estima: el trueque para salir, encontrarse, hablar...	62
II.3.e. El trabajo de la mujer valorado en el trueque	65
II.3.f. ¿Extensión del espacio doméstico o un espacio propio de las mujeres?	68
II.3.g. Como espacio público donde se hace política	71
II.3.h. El trueque como un espacio de politización de lo cotidiano	74
II.3.i. Generación de conciencia e iniciativas para el cambio	78
II.3.j. Autonomía respecto de actores que intervienen	85
II.4. El trueque como una propuesta de desarrollo local.	86
II. 5. Reflexión conclusiva	93
Bibliografía	95
Anexo I – Nodo Popular, Bernal –Provincia de Buenos Aires.	99
Anexo II – Club de trueque Brazos Solidarios, villa El Barranco –Córdoba.	100

Síntesis

Este trabajo provee una mirada a la experiencia del trueque en Argentina como se manifestó hacia el final de la década de 1990 desde una perspectiva de género. El objetivo central es descubrir si el trueque es un espacio público de empoderamiento para las mujeres, o es una extensión del espacio doméstico estigmatizado, donde la mujer está aislada del mercado y / o del Estado. Para ello se analiza en primer lugar el discurso de los actores involucrados al trueque desde distintos espacios. Este análisis encuentra que a nivel de percepciones, los actores/as clasifican a las mujeres y a las actividades “normales” o “naturalmente esperadas” de ellas en la esfera del consumo y el comercio informal, como una presumida extensión del espacio doméstico y aisladas de la producción (comercio formal). Desde esta perspectiva, las consecuencias de la participación mayoritaria de las mujeres en el trueque acarrea la reproducción de las desigualdades de género en base a la división sexual del trabajo. No obstante la segunda parte desvirtúa estos resultados al contrastar el discurso con la práctica de los actores a raíz de un estudio de caso de una organización de trueque de mujeres en una villa de emergencia en Córdoba. Allí se demuestra que la participación de las mujeres en el trueque tiene consecuencias de empoderamiento y generación de nuevas y positivas identidades para las mujeres desde su punto de vista y experiencia particular. Además, a raíz de este análisis este trabajo demuestra que al contrario de lo que manifiesta el discurso, el trueque es un espacio cargado de dinámicas simbólicas en donde conviven distintas lógicas y valores morales considerados opuestos, como son la solidaridad y el lucro, la horizontalidad y las jerarquías de distinto tipo. Al tiempo que observa la necesidad de un enfoque de género para los análisis sobre el trueque desde la Economía Social, el estudio de caso presentado es una muestra de la utilidad del trueque como una alternativa sustentable de desarrollo para las mujeres. Esto es cierto siempre y cuando las prácticas de trueque estén focalizadas en espacios locales como comunidades orgánicas y se las conciba como espacios de aprendizaje y generación de otras iniciativas productivas para una posterior articulación en el mercado.

Mujeres en el trueque en Argentina: las implicaciones de su participación¹

Pilar Egüez Guevara²

Introducción

El año 1995 marcó para los argentinos el inicio de dos procesos paralelos que explotaron simultáneamente al fin de la década. Por una parte, la crisis mexicana ese año golpeó duramente a la rígida economía argentina, marcando el inicio de un proceso largo de recesión y agudización del desempleo. Curiosamente, en el mismo año empieza otro proceso: la expansión de las redes trueque con la fundación del primer club de trueque (CDT) en la localidad de Bernal (en el conurbano de la Capital, Buenos Aires), del cual se reproducirían y extenderían varios otros “nodos” hacia el resto del país lentamente hasta el 2000. Los dos subsiguientes años, la agudización de la crisis económica y política en Argentina provocarían la multiplicación exponencial de los CDT, que alcanzaron a beneficiar en el 2002 hasta 6 millones de argentinos y que para al menos 2.5 millones representó hasta el 2003 su sola fuente de subsistencia y espacio de distensión ante su situación de desesperación y carestía extrema. En su mayoría, las organizadas en torno a esta actividad y beneficiarias del trueque son mujeres pobres y empobrecidas. (Hintze 2003)

La importancia que tuvo el trueque en la Argentina es evidente tanto en la descripción anterior, como en el hecho de haberse incorporado como el componente económico de una propuesta más amplia de desarrollo, la de la Economía Social. A pesar de la presencia significativa de mujeres en estos espacios, ésta línea de pensamiento no incorpora la problemática de género, cosa muy cuestionable dadas las estadísticas de los estudios en varios nodos (incluyendo uno de los más numerosos y significativos como fue el de Bernal), durante la época más aguda de la crisis, donde se estima que las mujeres constituían entre el 60 y 70 % (y en algunos casos casi la totalidad) de los concurrentes a los distintos nodos de trueque (Hintze 2003). Hoy por hoy en los nodos y redes aún activas, la composición se feminizó aún más. Es notorio a simple vista que el trueque es indudablemente un espacio de mujeres. Esta composición no es extraña y ha sido evidente

¹ Este trabajo fue realizado con el apoyo de una Beca para Investigadores Jóvenes del Programa CLACSO/CROP de Estudios sobre Pobreza en América Latina y el Caribe 2001-2004.

² Candidata MA Ciencias Sociales, Especialización Antropología Social, FLACSO (Quito-Ecuador). BA Economía. Wellesley College, Boston, EEUU.

que en situaciones de marginalidad en otros países, y en particular en Latinoamérica. Como observa Maruja Barrig (1989), cuando se trata de suplir necesidades materiales básicas como salud y comida, las iniciativas de organización generalmente no involucran a las “comunidades” que conforman los homogéneos “sectores populares”, sino que involucran específicamente a las mujeres de estos sectores para solucionarlas. (Barrig 1989: 137)

Como un aporte al debate sobre el proyecto de la Economía Social, este trabajo busca descubrir cuáles son las implicaciones de la participación mayoritaria femenina en el trueque para la situación desaventajada de sus beneficiarias en términos socio-económicos y de género. Tanto desde las percepciones de los actores como desde una experiencia concreta de trueque, la pregunta que guía a esta investigación reza, ¿Es el trueque un espacio público de empoderamiento para las mujeres, o es una simple extensión del espacio doméstico estigmatizado, donde la mujer está aislada del mercado y / o del Estado? En ese sentido, buscamos descubrir qué posibilidades de largo plazo tiene el trueque como alternativa de desarrollo integral que atiende intereses estratégicos de género, más allá de ser sólo una estrategia de subsistencia que satisface necesidades prácticas. Para resolver esta pregunta utilizamos una aproximación metodológica cualitativa / etnográfica para acercarnos en dos partes a las estructuras subjetivas / mentales –representaciones en los discursos- y objetivas / relacionales –prácticas contenedoras de significados- de distintos grupos de actores vinculados al trueque. De estas dos partes derivan conclusiones contrastantes sobre los efectos de la participación de las mujeres en el trueque que las hemos estructurado como sigue.

La Parte I presenta un análisis de las “opiniones e intenciones declaradas” (Bourdieu en Auyero 2001) de actores hombres y mujeres en las ciudades Buenos Aires y Córdoba, vinculados al trueque desde distintos espacios y categorías sociales. Este análisis busca descubrir de qué manera los *habitus* de los actores/as funcionan para clasificar a las mujeres y a las actividades “normales” o “naturalmente esperadas” de ellas en la esfera del consumo y el comercio informal, como una presumida extensión del espacio doméstico y aisladas de la producción (comercio formal). Estos hallazgos a nivel de percepciones de los actores en el discurso sobre la presencia femenina mayoritaria en el trueque, concuerda con la tesis del modelo dualista que separa intereses prácticos y estratégicos de género (Moser 1998, Molyneaux 2002, Barrig 1989, Córdova Cayo 1996), y desde el cual se evalúa

negativamente las actividades de mujeres populares organizadas en torno a servicios básicos en tanto perpetúan la situación de subordinación de la mujer al aislarla del “mundo público del empleo [formal] remunerado” (Pateman 1996) (planteamientos que analizaremos a fondo en la sección II.3). Mientras las dicotomías práctico / estratégico, y público / privado se reproducen en las percepciones a nivel del discurso, la práctica evidencia una situación distinta presentada en la Parte II.

Allí realizamos un acercamiento a una construcción del sistema de relaciones objetivas en el que se desarrolla cotidianamente un grupo de mujeres organizadas en el club de trueque Brazos Solidarios, en villa El Barranco, Córdoba. A través de historias de vida y entrevistas a profundidad nos adentramos en la vida y la experiencia de estas mujeres alrededor del trueque para descubrir los significados que esas distinciones percibidas en la Parte I, adquieren en el contexto objetivo / relacional particular en el que este grupo de actores están ubicadas. Mientras esas distinciones a nivel de percepciones en el discurso implican perpetuación de desigualdades de género, esto es división del trabajo, reproducción de estereotipos, aislamiento del mundo público político y del sector formal, en la experiencia se traducen en situaciones positivas que mejoran la situación de género de las mujeres de Brazos Solidarios. Reconocimiento, autoestima, valoración de su trabajo, concienciación y activación de participación en un espacio público donde se hace política y donde se politiza lo cotidiano, son algunos de los elementos que determinan que el trueque sea un espacio de empoderamiento de estas mujeres. En ese sentido, esta experiencia constituye un aporte a la discusión sobre las implicaciones de género de la participación de mujeres populares organizadas en torno a necesidades prácticas, en tanto desafía a las categorías tradicionales de género público/ privado, práctico/ estratégico planteadas en la tesis del modelo dualista de intereses. En este sentido, planteamos una re-definición de estas categorías incluida la definición de poder y empoderamiento desde una perspectiva local, no universal. De este modo, la experiencia de las mujeres de Brazos Solidarios, reafirma el “continuum entre lo práctico y lo estratégico” (Rodríguez 1996) desde un enfoque de identidad, desvirtuando así el modelo dualista como insuficiente para describir la experiencia de estas mujeres, ya que sus motivaciones alrededor de la práctica en el trueque implican generación de nuevas y transformadas identidades, que constituyen por lo tanto transformaciones estratégicas (Burgwal 1992, Costales, et al., 1996).

Además de alimentar el mencionado debate dentro del pensamiento feminista, la aproximación de género que usa esta investigación aporta a otros campos de pensamiento desde aristas tanto académicas como prácticas. En particular, el marco de Antropología Económica que usa esta investigación para analizar el trueque como un fenómeno urbano, incorpora la problemática de género como un aporte a la discusión en ese ámbito sobre la moralidad del dinero y el intercambio (Bloch y Parry 1995; Ferraro 2004). En la parte I, la indagación sobre los significados culturales manifestados en un discurso típicamente comunitarista que delimitan simbólicamente al trueque y al mercado formal como esferas separadas de intercambio, muestra una relación estrecha entre las evaluaciones morales sobre el intercambio y el dinero y las evaluaciones de género, que se traduce en las distintas representaciones esencializadas que los actores realizan de las mujeres y los sectores pobres de acuerdo al lente de percepciones y representaciones que comparten (Bourdieu 1991). Con el objeto de desmitificar las nociones presentes en ese discurso, de que la solidaridad es una característica esencial de las mujeres o de los sectores pobres, en la parte II indagamos el sistema de relaciones en las que se desenvuelven las mujeres del nodo de trueque Brazos Solidarios para demostrar que tanto en comunidades como El Barranco, o experiencias de trueque mucho más impersonales, coexisten distintos tipos de valores como una muestra de que todos los espacios de trueque son campos sociales con dinámicas simbólicas específicas relacionadas a “nociones culturalmente construidas de la producción, consumo, circulación e intercambio”. (Bloch y Parry 1995: 1)

Por otra parte, la aproximación de género de esta investigación pretende contribuir a la discusión sobre la aplicación del proyecto de la Economía Social en otros espacios (o países), en tanto las cuestiones de género, son cuestiones de desigualdad que por definición implican no-sustentabilidad en términos de desarrollo. En ese sentido, la experiencia de las mujeres de villa El Barranco presentada es una evidencia de que el trueque focalizado en espacios locales como comunidades orgánicamente articuladas y articulado a iniciativas para la inserción en el mercado, tiene altas posibilidades como alternativa de desarrollo integral sustentable específicamente para las mujeres –en términos de atención de sus necesidades simbólicas/subjetivas y materiales –en tanto se lo conciba como un espacio de aprendizaje y generación de otras iniciativas productivas para la articulación al mercado. Como un aporte más teórico, este trabajo observa el no-cuestionamiento desde la Economía

Social a las categorías público / privado (como expresiones de la separación de las esferas formal / informal) a las dicotomías que derivan de ello, y en definitiva, al “hombre económico” como agente que habita “naturalmente” el primero del par (Sección 1.2). En este sentido, proponemos tomar en cuenta las características específicas (culturales, de género, etc.) de los grupos a los que se enfoca el proyecto de la Economía Social tanto para la propuesta del trueque, como para los otros elementos que constituyen su proyecto integral.

En la misma línea, al recuperar la experiencia de las mujeres de Brazos Solidarios, es la aspiración de este trabajo hacer visible la situación de estas mujeres, ubicadas en una situación de triple desventaja en la sociedad en la que viven, por ser mujeres, pobres y villeras, como una forma de denuncia y aporte para el cambio.

Revisión de la literatura relevante y supuestos teóricos

La Economía Social es una de las principales ramas en la academia que ha estudiado al trueque como se manifestó en Argentina urbana desde el año 1995 en adelante. Desde esta línea, la reciente publicación *Trueque y Economía Solidaria* (2003) compilada por Susana Hintze, contiene las visiones de intelectuales y promotores del trueque sobre el funcionamiento y los acontecimientos del fenómeno desde 1995 hasta previo su declive en el 2002-2003. Esta fuente indica que el primer club de trueque surgió en Bernal, provincia de Buenos Aires en 1995 y se expandió poco a poco hasta el 2002 cuando funcionaban 5000 clubes de trueque en todo el país. La experiencia Argentina no fue de trueque propiamente dicho, entendido como el intercambio de un bien o un servicio por otro sin la intervención del dinero. A medida que se masificó esta práctica, se hizo necesario un medio de cambio, un dinero alternativo (llamado “créditos”, “arbolitos”, “mineritos”, entre otros) emitido por el grupo coordinador de la red de trueque. Las redes estaban a su vez conformadas por varios nodos de trueque organizados en zonas o regiones. Un nodo es un punto de articulación de dos o más clubes de trueque afiliados a una determinada red. El club de trueque a su vez es una agrupación de personas que se reúnen en días y horarios fijos a realizar las prácticas de intercambio de distintos bienes y servicios. Los “socios” del club de trueque son aquellos que participan directamente en la práctica de intercambio al ofrecer uno o varios tipos de bienes o servicios. Los clubes se rigen por una serie de principios y acuerdos internos y otros compartidos con el resto de los clubes dentro de la

red a la que pertenecen. Estos principios y en general los asuntos relacionados al funcionamiento del club y las dinámicas de la red se discuten en asambleas tanto internas en cada club como en asambleas mayores a nivel zonal. Allí participan representantes de los nodos, y a su vez asambleas de la red. De manera que el trueque en Argentina se presentó como un sistema de intercambio de bienes y servicios mediado por dineros locales emitidos y administrados autónomamente por las organizaciones de trueque. A medida que creció la participación, las monedas locales se unificaron en una sola y operaban a nivel de redes, en casi todas las provincias Argentinas. El tema sobre el funcionamiento y las dinámicas suscitadas en la experiencia Argentina de trueque no pueden ser agotadas en este trabajo y sobrepasan los objetivos del mismo. La mencionada publicación compilada por S. Hintze y el libro de Schuldt (1997) describen estas dinámicas, además de algunas otras experiencias de trueque en Latinoamérica y Norte América y Europa concebido de la misma manera, como un intercambio mediado por dineros locales.

De los estudios sobre redes, intercambio y trueque desde la antropología, rescatamos elementos útiles para el análisis propuesto en la parte II del trabajo de Javier Auyero, y Emilia Ferraro en cuyo análisis usan conceptos y metodología de Pierre Bourdieu, Maurice Godelier, A. Gell, entre otros. En particular resultó útil el libro de Auyero *La política de los pobres* (2001) en el que realiza una etnografía del clientelismo en un barrio urbano-marginal de Buenos Aires. Este trabajo es relevante para el análisis de un fenómeno de redes informales como lo fue el trueque en semejanza a las redes clientelares, y cuyos protagonistas son residentes de barrios urbano marginales o “villas”. De modo que su trabajo es un instrumento útil para analizar las dinámicas simbólicas del trueque al igual que las redes clientelares más que como una estrategia de subsistencia, como un elemento que provee sentido a las vidas de esos actores en el contexto de la pobreza. Como lo usa Auyero, el concepto de *habitus* -como un conjunto de principios de clasificación generadores de distinción. (Bourdieu 1997: 20)- y más ampliamente, la teoría que Bourdieu desarrolla alrededor de este concepto, es útil en el análisis propuesto en ambas partes. En la parte I, para entender como moldean los actores en su sistema de percepciones las distintas categorías trueque-mercado, doméstico-público, dinero-créditos como elementos y esferas separadas y opuestas. En la parte II, en cambio, el *habitus* definido como una estructura estructurada y estructurante que es producida por la historia y a la vez crea historia

(Bourdieu 1997) para entender la causa de un fenómeno socio-cultural como el trueque dentro del sistema de relaciones y prácticas cargadas de significados en el que se desarrolla. Junto al trabajo de Emilia Ferraro, el libro de Auyero es útil para visualizar las relaciones entre economía y cultura que se analizan en el caso de estudio presentado en la parte II. Además, el libro de Emilia Ferraro *Reciprocidad, don y deuda* (2004) provee también elementos conceptuales importantes para entender las interrelaciones entre intercambio, dinero y deuda que se analizan a lo largo de este trabajo. También usamos elementos del trabajo de Johnathan Parry y Maurice Bloch (1989) respecto a su análisis de la moralidad del dinero y el intercambio. En particular tomamos de *Money and the Morality of Exchange* su revisión de los distintos significados que ha cobrado el dinero a lo largo de la historia en distintos contextos para analizar el discurso de condena al dinero desde ciertos sectores vinculados al trueque.

Para el análisis de género que presenta este trabajo, en la parte I identificamos la categoría “doméstico” o privado basada en los principios relativos a la maternidad, a la familia y a la economía doméstica separados de manera arbitraria y culturalmente específica de la categoría “público” a su vez asociada al Estado y al mercado formal (Moore 1991). En la parte II usamos el modelo de Jo Rowlands (1997) para analizar el proceso de empoderamiento que se desarrolla en torno al trueque, y por tanto usamos el concepto propuesto en su trabajo como “un conjunto de procesos psicológicos que, cuando se desarrollan, capacitan al individuo o al grupo para actuar e interactuar con su entorno de tal forma que incrementa su acceso al poder y su uso en varias formas.” (Rowlands 1997: 224). Aunque este modelo no especifica una definición de identidad, si incorpora ésta como elemento dentro del modelo. Ligada al concepto de *habitus*, en esta sección entendemos identidad como un proceso de construcción dinámica por el cual los sujetos se definen, transforman su experiencia subjetiva, y la diversifican al mirarse en el espejo de los otros. (Alberti Manzanares 1999) Usamos además los conceptos de intereses prácticos y estratégicos desde la conceptualización de Caroline Moser y Maxine Molyneaux. Ellas plantearon la separación entre intereses estratégicos de género entendidos como aquellos que alteran la división del trabajo y detienen la reproducción de los estereotipos de género, y los intereses prácticos –como aquellos que buscan satisfacer necesidades prácticas que no promueven cambios estratégicos sino que perpetúan la situación de subordinación de la

mujer-. Maruja Barrig en el trabajo citado, sigue esta misma línea de análisis. La superación de estos planteamientos se discute extensamente en la parte II, a partir del trabajo de Gerrit Burgwal entre otros autores que plantean un enfoque de identidad para hacer un balance de la movilización de mujeres de sectores populares en torno a necesidades básicas.

Metodología

Los tres primeros meses de la investigación se dedicaron a revisar y sistematizar la literatura relevante al tema y la especificación de los objetivos del proyecto. Seguidamente, el trabajo de campo se realizó en tres meses (Octubre 2003-Enero 2004) en las ciudades de Buenos Aires –el primer mes- y Córdoba –el segundo y tercer mes-, en Argentina. En total se realizaron 39 entrevistas estructuradas y semi-estructuradas, 10 entrevistas informales, 2 micro-historias de vida, un grupo focal (en Buenos Aires) y un socio-drama (en Córdoba) a actores involucrados en el trueque como participantes directos (socios, promotores) o indirectos (familiares de socios, intelectuales) en diferentes nodos de distintas redes (principalmente Red Mayorista de Trueque, Red Porteña de Trueque, Red Fraternal de Trueque). La diversidad de los actores en relación a su participación en el trueque permitió obtener una visión amplia sobre las causas y consecuencias de la participación mayoritaria de las mujeres en el trueque.

La primera parte del trabajo en Buenos Aires, fue poco provechosa debido a que allí el trueque había desaparecido por completo. Por esta causa un mes fue tiempo insuficiente para contactar a las personas que estuvieron involucradas directamente como participantes, situación que se dificultaba por las largas distancias a recorrerse en la capital. De todas maneras se realizaron allí algunas entrevistas con informantes claves vinculados al trueque desde posiciones directivas de distintos sectores (intelectuales, dirigentes, coordinadores de distintas redes). Estas pocas entrevistas fueron valiosas ya que presentaban una visión desde una cierta distancia, porque como directivos o intelectuales no participaban directamente en la práctica de “trocar”. Además, sus testimonios exponían una visión distinta porque al momento de las entrevistas, ya había transcurrido un tiempo desde la desaparición del trueque en Buenos Aires. En este sentido, estos actores veían al trueque y evaluaban su experiencia desde una óptica y una posición distintas a la de un participante directo. Este escenario plasmado en la parte I de este trabajo, se complementó muy bien

con el escenario de Córdoba, donde aun estaban vivas por lo menos dos redes de trueque al momento del trabajo. Allí se realizaron la mayor cantidad de entrevistas no solo a actores de posiciones directivas o más distantes (como los intelectuales) sino también a “socios” o participantes activos. El hecho de que Córdoba es una ciudad mucho más pequeña que Buenos Aires facilitó el proceso de contacto y realización de entrevistas a actores involucrados desde distintas redes, sectores sociales y funciones en el trueque. En este contexto, fue posible el estudio de caso realizado en uno de los pocos nodos aún activos dentro de su red, lo cual enriqueció el trabajo y los objetivos plasmados principalmente en la parte II. En Buenos Aires se visitaron dos nodos (incluido Nodo Popular Bernal – aprox. 2000 participantes –ver Anexo I) y en Córdoba cuatro nodos en el periodo Noviembre-Diciembre 2003, es decir durante la época de declive del trueque. El porcentaje observado aproximado de mujeres en todos fue de 90-95%.

Finalmente el proceso de confrontación de la revisión bibliográfica con la sistematización de campo hacia la producción del trabajo final se enriqueció en particular con la lectura de las etnografías de Javier Auyero (2001) y Emilia Ferraro (2004). En particular el trabajo de Auyero fue iluminante entre otras cosas para entender y tratar de usar las distintas teorías y conceptos como una “caja de herramientas”. Además, la estructuración del ensayo sigue la línea de Auyero (2001), basada en la teoría de Bourdieu. Esta estrategia consiste en no “tomar las voces de los clientes como ‘explicación’, [sino más bien suscribir] el análisis al principio de no-conciencia, de acuerdo con el cual la causa de fenómenos socio-culturales como el clientelismo no ha de ubicarse en la conciencia de los individuos sino en el sistema de relaciones objetivas en el que operan” (169). Aplicando este razonamiento al análisis del fenómeno particular del trueque, la primera parte de este trabajo realiza un análisis de las percepciones en el sistema de representaciones de los actores, para luego en la Parte II hacer un acercamiento al sistema de relaciones objetivas en el que opera un grupo particular de mujeres organizadas en el club de trueque Brazos Solidarios.

Por último, de acuerdo a las convenciones académicas actuales en la antropología, se han modificado deliberadamente los nombres de los y las entrevistados / as y de las localidades a las que se hace referencia para preservar el anonimato de los actores reales.

PARTE I. El punto de vista de los actores: ¿porque las mujeres participan más?

Este trabajo parte del hecho evidente de la participación mayoritaria de mujeres en los espacios de trueque, tanto antes, durante y después del periodo más agudo de la crisis económica argentina, que coincidió con el periodo de auge del trueque (2001-2003) Esto fue evidente a simple vista en las observaciones de campo realizadas durante el periodo de declive del trueque (Buenos Aires 2002-2003, Córdoba 2003-2004), y corroborado por informantes claves, además de los datos citados arriba (Hintze 2003).

Al respecto, es pertinente notar que hubo tendencias variantes durante los tres periodos mencionados. De acuerdo a varios informantes, en la etapa de germinación del trueque (1995 en adelante) primaron las mujeres en estos espacios, en cambio durante el auge del trueque, la presencia de ambos fue pareja, “había de todo”. Sin embargo, la cifra proporcionada en *Trueque y Economía Solidaria* (2003) (60-70 % mujeres) todavía evidencia una participación mayoritaria de mujeres. Más tarde, durante el periodo de declive del trueque, la composición social en términos de género se feminizó nuevamente (90-95%) como observó esta investigación. De las distintas hipótesis que explican esta tendencia, éste trabajo presenta aquellas que leen el fenómeno desde un punto de vista cualitativo, es decir cuya evidencia constituyen las percepciones y representaciones de los y las actores.³

En términos generales, el hecho de la participación mayoritaria femenina en el trueque es comprensible dentro una tendencia de participación femenina en el sector informal en general, así como en actividades relacionadas a suplir necesidades básicas como salud y alimentación, en particular (ver sección I.4). En esta primera sección buscamos descubrir la lógica y consecuencias de esa participación mayoritaria en los espacios de trueque, a partir de una suerte de “reconstrucción del punto de vista del actor” (Auyero 2001: 167): ¿Cómo entienden los actores involucrados en el trueque la participación mayoritaria femenina en el trueque? El objetivo con este análisis es descubrir de qué manera los *habitus* de los actores/as funcionan para clasificar a las mujeres y a las

³ Una hipótesis corroborada por varios informantes desde una perspectiva cualitativa sobre la presencia femenina mayoritaria explica esta tendencia por factores de desigualdad de género en el mercado de trabajo formal. En épocas de recesión (consideremos en este caso 1995 en adelante), las mujeres son despedidas con mayor frecuencia y/o tienen más dificultades de encontrar empleo que los hombres –lo que explica su presencia mayoritaria durante todo el periodo. Al mismo tiempo, al agudizarse esta recesión en el 2001, el

actividades “normales” o “naturalmente esperadas” de ellas –por sentido común⁴- en una esfera diferente, aislada de la producción (comercio formal): la del consumo y el comercio informal. Encontramos que esta polarización mujeres-consumo-comercio informal (trueque)/ hombres-producción (mercado formal) determina que el trueque sea un espacio estigmatizado de mujeres (pobres), delimitado por y de reproducción de los estereotipos tradicionales de género.

Más generalmente, las percepciones presentadas confirman la tendencia de autonomización del considerado “campo económico” del espacio doméstico y lo que presumiblemente constituye su extensión (es decir, el trueque, el comercio informal), delimitado simbólicamente por bienes, prácticas y valores morales por acción del *habitus*, ese “principio generador y unificador que retraduce las características intrínsecas y relacionales de una posición en un estilo de vida unitario, es decir un conjunto unitario de elección de personas de bienes y de prácticas” (Bourdieu 1997: 19). Prácticas de amas de casa versus trabajadores asalariados, “créditos” que compran artículos de necesidad básica en el trueque versus dinero constante y sonante, y valores morales de solidaridad, horizontalidad, amor –asociados a la maternidad- versus lucro, ambición de poder e individualismo. Los roles (Sección I.1.), los valores morales (Sección I.2) y el dinero (Sección I.3) fueron tres elementos en las percepciones de los actores que delimitan simbólicamente al espacio del trueque como un espacio de mujeres.

Desde el punto de vista del género, estas distinciones se traducen en representaciones esencializadas de las mujeres como habitantes del espacio doméstico y su presumida extensión: la esfera del comercio informal y el consumo. Como observa Maxine Molyneaux (2002), en tanto las experiencias de mujeres latinoamericanas de bajos ingresos evidencian una capacidad más fuerte para asociarse en redes y relaciones de apoyo recíproco (177), hay problemas de asociaciones dicotómicas y esencialismos que surgen de esta situación y que tienen consecuencias en el ámbito teórico y práctico. La asociación que se hace de las mujeres con el altruismo (o su menor motivación por el interés individual) (Kabeer y Argawal en Deere y León 2002, Molyneaux 2002), ya sea a su vez por su

empleo masculino decae aún más, lo que explica un incremento de la participación –en un principio escasa- de hombres durante el auge del trueque-agudización de la crisis económica.

⁴ El sentido común (*doxa*), según Bourdieu (1997) es el consenso sobre el sentido del mundo social cuya base es una ley tácita (*nomos*) de la percepción y de la práctica. (129)

asociación con la “naturaleza”, y/ o con su rol de reproductoras / madres, tienen como consecuencia la naturalización de la predisposición de las mujeres “a servir a sus familias y comunidades” o en otras palabras, “la disposición de las mujeres para el capital social”. (Molyneaux 2002: 178) Esto a su vez se conjuga con el hecho de que las normas culturales y sociales (acentuadas por la influencia del Catolicismo) enfatizan en el significado de la maternidad para la construcción de la identidad femenina, todo lo que resulta en una pronunciación de la generización de la división del trabajo (Ídem). Este razonamiento es la piedra angular del modelo dualista de los intereses prácticos y estratégicos de género, que evalúa de manera negativa las actividades de las mujeres pobres organizadas en torno a servicios básicos pues su actividad allí no altera los roles tradicionales de género, y los estereotipos asociados a ello perpetuando así división del trabajo por género; únicamente funciona para resolver las necesidades inmediatas de estas mujeres que al estar asociadas con su rol tradicional de madres y amas de casa refuerzan a la larga su subordinación.

En concordancia con éstas reflexiones, las percepciones de los actores indican que la presencia mayoritariamente femenina en el espacio del trueque tiene una consecuencia evidente: una polarización de los géneros que confina a las mujeres a los espacios de trueque –y más generalmente a la esfera del comercio informal/consumo- y la estigmatización de este espacio en base a las valoraciones simbólicas que adquieren los elementos en el espacio del trueque respecto a los del mercado formal (dinero, trabajo, roles tradicionales, valores morales).

Sin embargo, en tanto este es un análisis de una práctica de intercambio económico donde la cultura “desempeña un papel fundamental en la definición de las categorías económicas y en la construcción de las relaciones de poder” y por ende de género (Ferraro 2004: 10), es preciso enmarcar esas diferencias de género -que surgen de las percepciones generales de los actores- en una experiencia particular de un grupo de trueque para descubrir cuáles son los significados que se atribuyen a estas diferencias, y las valoraciones que adquieren socialmente, ya que son los significados que reciben las diferencias lo que en última instancia determina las desigualdades de género. Como observa Pateman, las diferencias de género se traducen en desigualdades “únicamente en virtud del significado que le confiere su lugar en unas relaciones sociales específicas” (Pateman 1996:11). Al adentrarnos en la vida y la experiencia del trueque de las mujeres del nodo Brazos

Solidarios, en Villa El Barranco, en la Parte II veremos como aquellas diferencias adquieren nuevos y diferentes significados, que a su vez resultan en situaciones positivas para las mujeres. Al analizar el caso de Brazos Solidarios desde una perspectiva de identidad, intentaremos refutar la tesis dualista de los intereses prácticos y estratégicos de género, para reivindicar al trueque como un espacio de empoderamiento de estas mujeres.

I.1. Roles: Trueque entre amas de casa

“¿Por qué que las mujeres participan más en el trueque?” La respuesta más común fueron percepciones divididas en: roles, dinero y valores morales. Como veremos, estas tres categorías están claramente relacionadas y separadas en dos esferas delimitadas por elementos simbólicos relacionados al género. En particular encontramos difícil separar las percepciones en cuanto a los roles en la esfera doméstica que cumplen las mujeres, con los valores morales que las caracterizan “esencialmente”, situación que resolveremos a la luz de una reflexión en torno a la teoría de Bourdieu con relación a la violencia simbólica.

Las percepciones de los actores involucrados en el trueque que se refieren a los roles que cumplen hombres y mujeres en la sociedad en general explican la participación mayoritaria de las mujeres en base a la división del trabajo en la familia. (Strangis en Hintze 2003: 35). En tanto las mujeres son participantes “prosumidoras” es decir productoras y consumidoras a la vez, esto implica que “el ámbito de la producción... se reubica dentro de la vivienda” o sea el ámbito doméstico. La consecuencia de esto de acuerdo a Strangis es más bien una “confusión producida entre los ámbitos del consumo y la producción” antes que a una “alteración en las asignaciones de los roles al interior de la familia” (Ídem.). Así, el trabajo en el trueque está asociado al trabajo reproductivo de las mujeres “Porque son amas de casa, están encargadas de la economía de la casa, están mas al tanto de los precios, son mejores compradoras (de alimentos y necesidades del hogar). Son mejores negociantes y por eso ‘tienen mejor uso de la palabra.’”(diario de campo, Buenos Aires) Este fue el testimonio de un hombre que acompañaba a su mujer al trueque en el nodo Popular, Bernal (Provincia de Buenos Aires). Su función era quedarse en su puesto donde ofrecían principalmente botellas recicladas llenas de detergente, que ellos mismos preparaban para vender en el trueque. “Su señora” se encarga de pasearse por los miles de puestos en el galpón, para negociar y comprar pues ella “sabe mejor los precios”. Los hombres, en cambio, no saben: “por ahí yo voy y me estafan”.

Como vemos, al rol de ama de casa se asocian determinadas habilidades que las mujeres tienen frente a los hombres. Por cierto, estas concepciones no carecen de una carga esencialista que encuentra en factores biológicos la explicación para esta situación: mientras la mujer tiene un mejor manejo de la palabra, el hombre sobresale en tareas basadas en la matemática (Miracle, et.al. 2003; Collier y Yanagisako 1987). Por otra parte, se entiende del testimonio anterior, que estas características “naturales” de buenas negociantes les dan una ventaja en la esfera del comercio-consumo, “en el mercadeo, vos tenés que hablar, convencer, regatear” (Coraggio entrevista). Pero dentro de esa categoría “comercio”, las mujeres están asociadas a la esfera de los bienes o mercancías que constituyen necesidades básicas. Así, los artículos y servicios ofrecidos en el trueque son de acuerdo a un informante en Bernal, “cosas de mujeres”: principalmente alimentos elaborados (o cosechados) por ellas o comprados, además de ropa tejida o elaborada por ellas (o de segunda mano), servicios como peluquería, manicuría, entre otros.⁵ Como comprobaremos en las siguientes secciones, este es un elemento que determina el estigma de los espacios de trueque como “cosa de mujeres” o “cosa de pobres”.

Observamos pues un vínculo entre la esfera doméstica y la esfera del comercio (informal)-consumo a través de los roles tradicionales de género y los bienes y prácticas relacionados, en donde ésta última es concebida como una extensión de la primera. José Luis Coraggio –uno de los intelectuales promotores de la Economía Social- lo describe de esta manera:

En la medida en que la economía mercantil es una extensión de las capacidades que se adquieren en la economía o unidad doméstica, la mujer es la que juega el papel cantante, es la jefa de hogar...y la economía popular es en buena medida una extensión de esto afuera en el mercado. Además la mujer es la que va a comprar en general... la que presta servicios... (Entrevista personal con la autora)⁶

Así como estos informantes perciben el rol de ama de casa de la mujer de manera asociada a la actividad de comprar-vender-negociar, otros interpretan este mismo rol como una antítesis del trabajo (asalariado), es decir como un “no trabajo”, una actividad de ocio. De

⁵ Si bien durante la época de auge, en el trueque “se conseguía de todo”, significando sobre todo bienes y servicios “de la clase media” como por ejemplo servicios de *catering* para fiestas de quince años, ropa nueva, perfumes de marca, etc., esto respondió a una situación coyuntural de agudización de la recesión, en donde por ejemplo, ciertas empresas pusieron en el trueque producción en stock ante la escasez de demanda.

⁶ Cabe señalar, como analizaremos en detalle en la sección I.2., que en base a este mismo razonamiento, es que Coraggio al igual que otros intelectuales vinculados promueven el trueque en base a los valores pertenecientes a la esfera doméstica, que se extienden a la esfera del trueque, y más generalmente al proyecto de la economía popular.

esto deriva su entender sobre la participación mayoritaria de mujeres en el trueque: las mujeres van al trueque a buscar actividades en que ocupar su tiempo libre mientras el hombre va a “trabajar”,

Las mujeres al disponer más de tiempo que los hombres, tienen propensión a meterse en cosas nuevas, a “curiosear”, evidencia de ello es que “cualquier mujer joven ha incurrido en algún idioma. Lo que sucede generalmente es que las mujeres dependen para su subsistencia de su marido o de su amante, mientras que al hombre no le mantiene nadie, el tiene que buscar los medios para su subsistencia. Es por eso que la mujer busca ocupar su tiempo ocioso en cosas nuevas, como el trueque. (ex Coordinador Red Trueque Solidario, Buenos Aires. En diario de campo Buenos Aires).

Paralelamente a la desvalorización que se hace del trabajo que realizan las mujeres en la esfera doméstica, a continuación citamos un ejemplo de cómo se realiza una asociación directa del hombre a la esfera de la producción, y la mujer a la esfera del consumo y del comercio. Esta es la transcripción de una propaganda de invitación al club de trueque, observada en la oficina de uno de los tres hombres conocidos paradójicamente en relación a la composición social femenina en el trueque, como los “fundadores del trueque” en Buenos Aires,

...si tiene vocación solidaria; si tiene alguna actividad que no está ejercitando; si quiere alguna cosa y no la puede comprar; *si es artesano y quiere vender lo que produce; si es profesional y quiere trocar su servicio; si es ama de casa y tiene horas libres*; si quiere aumentar su autoestima. (diario de campo Buenos Aires, las itálicas me pertenecen)

Esta “imagen verbal” representa claramente la manera en que desde la elite de fundadores se reproducen los estereotipos de género. La invitación sugiere que en tanto el hombre trabaja, es invitado a ofrecer lo que *produce* en el trueque, mientras la mujer como ama de casa no produce nada y además tiene horas libres que podría a ocupar productivamente en el trueque.

Así, en el mejor de los casos, la manera como se concibe el verdadero y legítimo trabajo que hacen las mujeres dentro y fuera del hogar (en su casa y en el trueque), es como una “ayuda”. En tanto las mujeres no tienen horario fijo, tienen tiempo para preparar alimentos u otros artículos que llevan al trueque, de esa manera “ayudar”, de manera complementaria al “verdadero” trabajo de los hombres, para conseguir lo necesario para el hogar. El siguiente es un extracto del artículo titulado “Nuevos diálogos” publicado en una de las revistas de la Red Porteña de Trueque, (Buenos Aires), que corrobora lo dicho acerca del trabajo de la mujer desvalorizado. El artículo es el relato de un esposo desempleado en

plena crisis, quien describe cómo su esposa con mucha dificultad finalmente lo convence de que participe en el trueque, ya que él no le daba importancia en un principio.

[...] Cuando *esa buena ama de casa cerraba la puerta de la heladera*, con firmeza, porque estaba muy llena, escuchó -No habrás comprado todo esto con la tarjeta ¿no? Con una sonrisa, contestó:

-No, ahí tenés las boletas pagas. -Pero sí habíamos hablado y la plata no alcanzaba... A quién le pediste? Otra vez a tu hermana? -No, solo usé la plata que me diste! *Ahora yo también ayudo en casa*. -Ah! Tenés trabajo y no me dijiste nada! -Sí, tengo una tarea pero no me pagan con plata...

-¡ah! ¿Sí? ¿Y como lo hacen? -Vení conmigo, un día a la tarde y te vas a enterar ¿Sí?⁷

(Las itálicas me pertenecen).

En esta descripción, la mujer es representada como inútil por estar vinculada a la esfera doméstica, y cuando se involucra en una actividad que provee para las necesidades materiales de la familia, tampoco se lo valora como trabajo sino como “ayuda”. Más aún, esta implícitamente desvalorizada la provisión de “afectos y relaciones” que además de la provisión de necesidades materiales, como alimentación, salud, es parte del trabajo reproductivo de la mujer al interior del hogar, y cuyo alcance rebasa la esfera doméstica (Carrasco 2003). Adicionalmente, es importante notar en este ejemplo—para anticipar el análisis de la sección I.3.— que la valoración que recibe el dinero esta relacionada a la que llamamos esfera de la “producción formal”.

Por otra parte, este diálogo es una representación de la reiterada imagen del “matrimonio en plena crisis”, que me retrataron varios/as informantes: la mujer enfrenta la situación y sale a buscar (o inventa) maneras de resolver necesidades del hogar mientras el hombre esta deprimido o desesperado por la pérdida de empleo. Nuevamente, de esto deriva que las mujeres tienen ciertas cualidades que las caracterizan respecto a los hombres: son más emprendedoras, y más creativas.

En la crisis argentina salto a la vista, la mujer salió al frente, salió a ver como conseguía el sustento para su familia, y tuvo mucha más participación que el hombre, *es como que tuviera mas arraigado lo tradicional*, y el hombre siguió buscando reinsertarse en trabajos formales. En cambio la mujer encontró lo concreto, además por el apuro de dar de comer a los hijos todos los días. Entonces salió, se implicó. (Gonzalo Oviedo, Córdoba)

Francisca, del nodo Brazos Solidarios (Córdoba) lo expresa así,

Las mujeres son las que llevan al frente todo, porque los hombres son medios chantas. Porque cuando se pone pesada la cosa, es la mujer la que sale a pelear la vida. Los hombres se quedan

⁷ Tomado de la Revista *Trueque*, Programa Social de Trabajo. Secretaría de Promoción Social. Secretaría de Industria, Comercio, Turismo y Empleo. Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Año 1 No. 2, Agosto 1998. Buenos Aires.

más cómodos. Hay excepciones, pero por lo general la mujer es la que tiene que dar de comer a sus hijos y hace lo que sea para dar de comer a sus hijos.

Resulta cada vez más evidente en los testimonios, que la relación entre los roles –y los bienes y prácticas asociadas- y los valores morales que “caracterizan” a las mujeres son dos caras de una misma moneda. Por ejemplo, la cita a continuación muestra una relación entre aquella virtud de “buenas negociantes” y la percepción reiterada sobre la “desvergüenza” u osadía que caracteriza a las mujeres respecto a los hombres:

...la mujer tiene más empuje, tiene menos vergüenza que el hombre. Porque tal vez si nosotros tenemos que ir a hablar che mira necesito esto, vamos y lo hacemos, en cambio al hombre puede que le cueste mas hacer eso. (Elba, nodo Brazos Solidarios, Córdoba)

Como vemos, es difícil distinguir entre lo que los actores entienden por las actividades que cumplen las mujeres de acuerdo a su rol, y los valores o cualidades que las supuestamente las caracterizan. Queda claro, sin embargo, que es a partir de las actividades que cumplen las mujeres al interior del hogar –como una obligación moral- que los actores atribuyen determinadas cualidades y valores también morales. En la siguiente sección reflexionaremos en profundidad sobre esta relación, que nos llevará a ver más claramente lo que hemos ya anticipado en esta sección. En concreto, que determinados bienes (de necesidad básica) y actividades (domésticas) son marcadores simbólicos de la esfera doméstica que se reproducen en la esfera del trueque para determinar que éste sea un espacio delimitado por los estereotipos tradicionales de género, que lo convierte en un espacio estigmatizado de mujeres.

1.2. ¿Las mujeres son más solidarias? Los valores morales que se asocian a las mujeres

Presentamos a continuación una reflexión en torno a las percepciones de los y las actores involucrados en el trueque acerca de los valores que se asocian a las mujeres, con el objeto de sentar una base a nivel de las percepciones en el discurso de los y las actores/as para contrastarlo en la segunda sección con las observaciones de la experiencia particular del trueque de las mujeres del Brazos Solidarios, en Córdoba.

1.2.a. ¿De los roles derivan los valores?

Gran parte de las percepciones de los actores que explican la participación mayoritaria del trueque por los valores que les atribuyen a las mujeres (solidaridad,

conformismo, desvergüenza/ desenvoltura) construyen su razonamiento a partir de los roles tradicionales de amas de casa que las mujeres ocupan y han ocupado históricamente. Así, en este discurso de sus prácticas/roles y su presencia en el espacio doméstico, derivan estos valores que a su vez son características del espacio del trueque.

La reflexión de Young (1998) nos ayuda a entender esta relación cuando afirma que de la división del trabajo por género se deriva una suerte de división moral del trabajo (Young 1998) donde la razón se asocia con la masculinidad y los sentimientos y el deseo con la feminidad. Una dualidad similar, la que opone la moralidad y el poder, la observa Pateman por su parte, como una de las tantas formas en que históricamente se ha formulado la separación de lo privado y lo público, “...la oposición entre moralidad y poder contrapone la fuerza física y la agresión –es decir, los atributos naturales de la masculinidad, que se ven ejemplificados en la fuerza militar del Estado- al amor y al altruismo, los atributos naturales de la feminidad que, paradigmáticamente, se despliegan en la vida doméstica cuando la esposa y madre se erige como la guardiana de la moralidad”. (Pateman 1996: 13)

Quizás Carmina, del nodo Brazos Solidarios, es quien mejor expresa el planteamiento de Pateman en relación al trueque:

[...] es un movimiento femenino, no femenino sino de la mujer, el salir a traer lo que necesita para la casa... la mujer siempre es más solidaria que el hombre. Si, *es algo que lo saca del hogar*, y es más horizontal que el hombre, el hombre siempre tiende al mando, a lo vertical en cambio vos tenés una familia, por ejemplo yo voy a tratar de darle a todos mis hijos lo que necesitan, no voy a decir no, primero el mayor [...] eso no hace la mujer, es horizontal. Entonces [...] *este movimiento es así como es la mujer*. Y el hombre tendría que ayudarla [...] pero no en traer el mismo sistema de afuera de mandar y hacer todo a la forma de él [...]

En la misma línea, una percepción reiterada fue la del trueque como un espacio apolítico, dado el estigma que sufre la “política”, percibida como una actividad de corrupción,

Si vos dejás la política atrás del trueque ya es otra cosa más de la política y se pudre todo. Porque si le prohibís entrar en política la gente sabe que es una cosa de solidaridad que no tiene nada que ver con la política. (J.M. Nieves, Buenos Aires)

De ambos testimonios, es evidente la autonomización de dos esferas, el trueque y el mercado formal (y el espacio público/político), delimitadas por marcadores simbólicos

expresados en valores morales que a su vez son características esenciales de los géneros⁸. Se suman a la solidaridad y la horizontalidad, como valores que funcionan en el trueque y encarna la mujer por ser una habitante “natural” del espacio doméstico, valores como la “humildad” muy estrechamente ligada a la “desvergüenza” que la caracteriza por oposición al hombre y su “orgullo” de pertenecer naturalmente a la esfera del mercado de trabajo formal. De hecho, hubo quien percibió esta relación a partir de que “la educación del hombre esta dirigida a trabajar” (nodo Popular, Bernal). Esta “presencia natural” de los hombres en el mercado de trabajo formal lo expresa Yolanda (nodo Merlo, Provincia Buenos Aires.) de esta manera:

Es como rebajarse a ir al trueque porque lamentablemente no tenia trabajo. En general en los grupos yo he notado siempre como una hostilidad cuando entraban a las charlas, como diciendo “¿qué estoy haciendo acá?”. Y yo los entiendo porque su lugar era estar en un lugar de trabajo, *eso es lo justo y lo lógico*. [...] Y al hombre, le costaba era más reacio. Y yo pienso que nosotras somos más flexibles, si vos tenés necesidad en tu casa, bueno te rebuscas como podés y se lo rebuscaban por el lado del trueque y no les parecía nada mal. Yo pienso que el hombre, por el orgullo de hombre era mucho más reacio.

Esa vergüenza que impide a los hombres acercarse al espacio del trueque, expresada por Yuliana en este párrafo, tiene varias aristas. Primero, como ella claramente lo expresa, el trueque es un espacio donde el hombre está presente “injustamente” lo que también puede entenderse como una situación “indigna” e “indecente” para él, pues su lugar está en el mercado de trabajo formal. Esto significa que el espacio del trueque no goza de una aceptación moral por parte de la sociedad en general, es un espacio estigmatizado de mujeres y de pobres.

-Las mujeres vienen más por necesidad. Porque los hombres son más vergonzosos creo yo, vienen algunos hombres, vienen pero son muy vergonzosos. -(Autora) ¿De qué tienen vergüenza? -De que los vean acá. (Hombre nodo Fuerza de la Unión, Córdoba)

Más generalmente, este estigma esta presente en los mercados en general (ferias, tiendas, supermercados) donde en su mayoría las mujeres ofrecen su producción (alimentos, artesanías, vestimenta) y también donde van a comprar este mismo tipo de bienes, “[...] el hombre tiene vergüenza de vender y de comprar porque ellos no van a comprar ni al kiosko.” (Mujer nodo Santa Clotilde, Córdoba) Esta idea se conjuga con lo que expusimos

⁸ Estos testimonios en particular vienen de dos ex coordinadores que estuvieron en su momento muy involucrados en el trueque, y por lo tanto esta fuertemente influenciado por el discurso corriente que circuló en relación al trueque, impulsado principalmente por los promotores, fundadores e intelectuales, cuestión que analizaremos en profundidad en la siguiente sección.

anteriormente respecto a esa cualidad de buenas negociantes que poseen las mujeres respecto a los hombres. Los hombres no frecuentan estos espacios porque tienen vergüenza de no poder negociar, pues no están al tanto de los precios, pero también porque carecen de ese sentido del ahorro, o dicho de otra manera de un sentido de maximización del beneficio económico, “la mujer percibe e interpreta el beneficio mejor que el hombre” (Horacio Cobas fundador trueque, Bernal). Elba, de Brazos Solidarios, describe esto desde su experiencia con su esposo,

[...] una va, ve que es lo que hay si te conviene no te conviene. Mi marido el sale a comprar, y él va y compra -¿cuánto te salió esto? -Ah no sé, yo fui y lo compré. -Entonces una va y mira, y ve si te conviene, vos ves cuanto tenés.

En concordancia con esa imagen activa de la mujer como emprendedora, luchadora y creativa, en casi todos los testimonios las cualidades de buenas negociantes y ahorradoras, las mujeres “las sacan del hogar” en un contexto de crisis económica extrema, que para ellas desde la esfera doméstica se traduce en una “urgencia alimentaria” (Fabiana Leoni, entrevista personal). Sin embargo, al conjugar varios testimonios notamos que esta actitud activa de la mujer es coyuntural en una situación de carestía extrema, y contrasta con lo que se percibe como su actitud tradicional, la pasividad. Así lo expresa el testimonio de Juan Robles (Red Fraternal Trueque, Córdoba) quien entiende el declive del trueque como la consecuencia de una actitud conformista propia de las mujeres, una actitud que también ellas la sacan del hogar:

[...] yo creo que el fracaso [del trueque] es precisamente eso, un compuesto esencialmente del trueque que son mujeres que no han tenido una relación laboral, está conformado esencialmente por amas de casa que al no tener ese roce social, evidentemente desarrollan una actividad mucho más conformista. Ahí es donde estuvo el problema... la terminaban doblando y cayendo en infantilismos políticos... esa cuestión de falta de roce social que es la lucha social, ¿a dónde ha llevado? A que las mujeres sean más acuerdistas porque en vez de agarrar y pelearla, e ir más al fondo [no lo hacen] y terminan delegando porque, si el 80 % de los nodos son mujeres, ¿porqué terminan los coordinadores atornillándose en el puesto cuatro o cinco años?

Como vemos, es evidente la relación entre las prácticas y los valores morales asociados a los roles que cumple tradicionalmente la mujer en el hogar. Es más, notamos en los testimonios que hay una argumentación circular en estas percepciones. Por una parte los valores y cualidades “naturales” que poseen conducen a las mujeres a habitar ciertos

espacios como el trueque o los mercados. Por el contrario, es porque habitan naturalmente esos espacios –el hogar, los mercados- que tienen esos valores.

Las reflexiones de Bourdieu en torno a la violencia simbólica⁹ al interior de la familia, son particularmente iluminantes para comprender este relacionamiento. Bourdieu explica que el movimiento de bienes, prácticas y afectos son parte de un trabajo simbólico que constituye una obligación moral de acuerdo al rol que le corresponde a la mujer en la familia. En este sentido, Gell define a los intercambios (materiales) al interior de la familia como el producto de una obligación moral que se realiza de acuerdo a la prescripción de un rol que obliga a cada persona a comportarse con los otros de acuerdo con la división de trabajo por género, edad y posición de parentesco (Ferraro 2004: 78). Sin embargo, estos intercambios materiales –obligatorios- son actos simbólicos escondidos tras un velo de “*obligaciones afectivas del sentimiento familiar*”, o valores morales que caracterizan a la familia. (Bourdieu 1997: 131, *italicas en original*). En palabras de Bourdieu, a cada rol –entendido como una posición dentro del campo de fuerzas económicas, físicas, y simbólicas que constituye la familia- le corresponde una labor simbólica y práctica obligatoria que garantiza el mantenimiento de la estructura de la familia como un cuerpo¹⁰. (Bourdieu 1997: 132) “Esta labor incumbe muy especialmente a las mujeres” y “tiende a transformar la obligación de amar en disposición amante y en dotar a cada uno de los miembros de la familia de un ‘espíritu de familia’ generador de dedicaciones, de generosidades, de solidaridades” expresado en prácticas de intercambio cotidianas de objetos y afectos. (Ídem.) Es evidente entonces que los roles tradicionales de las mujeres involucran no solo prácticas esperadas (obligatorias, como por ejemplo alimentar, atender, limpiar) sino también valores expresados en afectos obligatorios (amor, solidaridad, generosidad), un trabajo simbólico que cumple la función de reproducir las relaciones de poder dentro de la familia y encubrir (eufemizar) el carácter arbitrario de las mismas; es así que la familia es el lugar donde se manifiesta por excelencia la violencia simbólica.

⁹ Según Bourdieu, la violencia simbólica es la labor de hacer creer al otro que tiene que obedecer sin que tenga siquiera que preguntarse porqué. (Bourdieu 1997: 173). Ver nota 56 para la definición propuesta por Jo Rowlands (1997).

¹⁰ Según Bourdieu, la familia se concibe como un grupo al que se le atribuyen las propiedades de un individuo, una realidad trascendente a sus miembros, un “personaje transpersonal dotado de una vida y de un espíritu comunes y de una visión particular del mundo”. (Bourdieu 1997: 127)

Volviendo al caso del trueque, en el discurso de los actores expuesto en esta sección, como una muestra de su sistema de representaciones, esta labor simbólica se traslada a la esfera del trueque, y reproduce la violencia simbólica en ese espacio como una de las varias formas en que se expresa la desigualdad de género en general y en particular en los espacios de trueque.

Siguiendo con la reflexión sobre la familia, Bourdieu observa que alrededor de la categoría social objetiva y mental subjetiva, se ha extraído un discurso dualista “basado en un conjunto de presuposiciones cognitivas y de prescripciones normativas referidas a la manera correcta de vivir las relaciones domésticas” (1997: 128). Este discurso describe a la familia como el lugar de la “*philia* [...] que se suele traducir por amistad”, la confianza (*trusting*) y el don (*giving*), y la opone al mercado y a los intercambios recíprocos donde funcionan las “leyes corrientes del mundo económico”, el “espíritu del cálculo” y el “interés” como la “búsqueda de la equivalencia en los intercambios”. Este *family discourse*, ha servido para elaborar modelos ideales de las relaciones humanas, como es el caso de algunos intelectuales de la Economía Social y los promotores del trueque (Idem.) En la sección a continuación, haremos una reflexión en torno al “discurso moral” de este sector involucrado al trueque, cuestionando las implicaciones del mismo a nivel teórico y práctico, para las mujeres.

1.2.b. La comunidad solidaria del trueque: el discurso de los promotores

Los valores morales en general (no directamente asociados a la mujer) fueron objeto del discurso característico de los promotores del trueque (e intelectuales de la Economía Social, en particular Coraggio), el mismo que tuvo y aún tiene incidencia en las prácticas concretas de los actores involucrados en el trueque, y en la manera en que éstas se orientaron. Si bien es cierto, los principios ideológicos del trueque fueron antes que una descripción de la realidad, un proyecto de cambio cultural –un estado que se aspira alcanzar- que se promovió complementariamente a un proyecto material para los individuos excluidos del mercado formal, la incidencia que tuvo este discurso significó en muchos casos que hicieran descripciones de los grupos que participaban del trueque como portadores de los “buenos” valores de la solidaridad, la ayuda mutua, la horizontalidad, etc. De modo que el discurso de carácter proselitista se confundía con uno que pretendía

describir una supuesta realidad, en la cual los grupos de trueque eran comunidades agrupadas alrededor de los mencionados valores. En ese sentido consideramos relevante revisar este discurso para entender las percepciones de los demás actores expuestas arriba tomando en cuenta la influencia que tuvo este discurso en el ámbito del trueque. Más aun, esta revisión busca cuestionar las implicaciones que tiene este discurso a nivel teórico para la propuesta de la Economía Social en cuanto a la cuestión de género planteada en este trabajo. Es relevante cuestionar de qué manera la propuesta de la Economía Social esta abordando, o va a abordar el tema de género en relación al trueque en tanto su propuesta está todavía vigente.¹¹ Las preguntas y reflexiones que surjan pretenden ser estímulos para la discusión y el debate que enriquezca el continuo desarrollo y la reformulación de la propuesta de la Economía Social.

Partimos por analizar los famosos doce (luego trece) principios que “orientaron la experiencia [del trueque] desde la primera hora” (Trueque 1999: 11). En particular los siguientes cuatro hacen mención directa e indirectamente a los valores que se pretende impulsar en este proyecto (el primer principio se analizará en la siguiente sección sobre dinero):

Principios de la Red Mayorista de Trueque:

2. No buscamos promover artículos o servicios, sino ayudarnos mutuamente a alcanzar un sentido de vida superior, mediante el trabajo, la comprensión y el intercambio justo.
3. Sostenemos que es posible remplazar la competencia estéril, el lucro y la especulación por la reciprocidad entre las personas.
4. Creemos que nuestros actos, productos y servicios pueden responder a normas éticas y ecológicas antes que a los dictados del mercado, el consumismo y la búsqueda de beneficio a corto plazo.
13. En la economía solidaria, nada se pierde, nada se regala: todo se recicla, todo se valora, todo se distribuye por igual¹².

Es evidente en estos principios, la dualización de valores, por una parte, los negativos, producidos por el mercado, y por otro los positivos, promovidos en el trueque. En particular, el principio 3 especifica claramente que se trata de reemplazar unos valores por otros –lo cual desconoce la posibilidad de la coexistencia de valores. En todo caso, está

¹¹ En una entrevista reciente, Coraggio afirmó que en tanto el trueque “es un instrumento muy poderoso yo pienso que en este año 2004 en la Argentina tenemos que relanzar el trueque” resignificado como “red de intercambio solidario”.

¹² Tomado de Abramovich y Vazquez 2003 “Debatidos, aprobados y asumidos por los miembros de nodos de distintas zonas y regiones que participaron de la Jornada del No Dinero en mayo de 1998 en Buenos Aires. En el caso del 13° principio su inclusión fue posterior por parte de algunas redes existentes, no todas”.

claro que se promueven unos valores considerados opuestos a otros (reciprocidad¹³, ayuda mutua en lugar de competencia, lucro y especulación).

Sin embargo, en el caso de la propuesta de Coraggio, se reconoce la coexistencia de valores –que no obstante también gozan de una connotación antitética- dentro del conjunto de emprendimientos que conforman la economía social, “...se propone un sistema de valores dirigido a reforzar o extender los valores de la unidad doméstica, de la reciprocidad, de la ayuda mutua, etc. que debe coexistir / competir con otros valores propios del mercado capitalista que no desaparecen: el individualismo, la competencia, el desencanto con el Estado y en general con las propuestas de acción colectiva.” (Coraggio 1998a: 11). Esta afirmación se complementa con sus observaciones en una entrevista personal. Las diferentes instituciones que conforman la economía social, especialmente los micro-emprendimientos y el trueque, “están todos muy cerca de lo que es el tipo de cosas que se producen o se hacen dentro de una unidad doméstica [...] En una organización más compleja de producción, ahí [entran] los hombres, entra la acumulación entra el capital, entra el patriarcado...”(entrevista personal con la autora).

Aunque estas afirmaciones no atribuyen explícitamente los valores morales (asociados a la esfera doméstica y al comunitarismo) propuestos para el trueque a las mujeres, la evaluación moral positiva que se realiza de los mismos desconoce la posibilidad de que aquellos valores considerados opuestos (asociados al individualismo) constituyan una alternativa culturalmente deseable para las mujeres, que son en la práctica, las principales beneficiarias del trueque. Como observa Coraggio, “en el desarrollo de esta economía alternativa las mujeres deben y van a tener un papel más central, que el que tienen en la economía capitalista, porque ahí está muy reducido su papel.” Entonces, dadas las consecuencias negativas que la asociación de los valores de la unidad doméstica conllevan para las mujeres, como hemos observado en las secciones anteriores (refuerzo de la división del trabajo por género y reproducción de estereotipos de género en los espacios del trueque) proponemos enfocar la propuesta de cambio cultural que se hace desde la

¹³ El concepto “reciprocidad” como se lo usa en el discurso del trueque adquiere una connotación moral. Se la usa para significar un valor parecido al de la solidaridad o la ayuda mutua –implicando una concepción de comunitarismo-, y a su vez concebido como opuesto a un valor como el “interés” o el “lucro” –que implica una concepción de individualismo-. Sin embargo, es importante notar que en el ámbito académico, el

Economía Social específicamente a las mujeres y a sus necesidades de cambio “estratégicas”. De acuerdo al modelo dualista de intereses, estos cambios estratégicos son aquellos que alteran en el largo plazo los roles tradicionales de género que explican en gran parte la división del trabajo y los estereotipos asociados a ello. Esto significaría reformular la propuesta, focalizada para las mujeres, que enfatice por ejemplo, la búsqueda de su propio beneficio y desarrollo personal. En este contexto, el interés individual y el egoísmo pueden verse como beneficiosos para las mujeres.

Al respecto, las reflexiones de la economía feminista son particularmente iluminantes. Por ejemplo, Nelson (1998) propone preguntarse ¿hasta qué punto es cierto desde la experiencia de las mujeres que “el mercado corrompe y que el interés individual es malo?”. En el marco de la tesis de varios autores (Bloch y Parry 1989) de que el dinero cobra distintos significados de acuerdo al contexto, Julie Nelson observa que el mercado puede de hecho traer beneficios para las mujeres, y que la autonomía y el individualismo pueden ser vistos como algo positivo para las mujeres. Nelson afirma que “no es el interés individual evidentemente malo y el interés por el otro siempre bueno. Por ejemplo, sobre la idea de “sacrificio” observa que “superar el interés individual para servir al interés de otros ha sido por largo tiempo un gran tema de discusiones tanto religiosas como éticas, [y] no esta libre de sesgo de genero.” En la medida en que el “hombre económico” “el agente del modelo económico prototípico” se sustenta en las suposiciones del “interés individual y la racionalidad”, estas suposiciones esconden dicotomías de “interés individual versus interés por otro, racionalidad versus emoción y separación de otros versus conexión con otros, donde el hombre económico toma el primero del par.” (Nelson: 1998: 76).

Esta reflexión nos conduce a preguntar ¿hasta qué punto en el discurso que sustenta la Economía Social, el hombre sigue siendo económico y a la vez la mujer se asocia ahora a una practica considerada no-económica en el sentido de no racional y desinteresada como el trueque? Más concretamente, ¿hasta que punto es deseable un proyecto de cambio cultural que promueva en los valores de la unidad doméstica, si la consecuencia de esta asociación es perjudicial para la situación de género en la práctica en los espacios de trueque? No obstante, como veremos en la sección II, el discurso de la solidaridad puede

concepto de reciprocidad, implica un sentido de obligatoriedad y de “interés” como “la búsqueda de la equivalencia en los intercambios” (Bourdieu 1997: 128; Auyero 2001, Ferraro 2004)

ser reivindicado como un elemento identitario legítimo dentro de los espacios de trueque que, como es el caso del nodo Brazos Solidarios, estén conformados por comunidades orgánicamente articuladas, y de lo cual resulte que las mujeres obtengan beneficios “de género”, concretamente, el empoderamiento (autoestima, reconocimiento de otros, etc.).

En definitiva, de esta reflexión aprendemos que el enfoque de identidad relacional, por medio del que la caracterización de los géneros se realiza por oposición, tiene limitantes que se resuelven al tomar en cuenta las características específicas de los grupos a los que se enfoca un proyecto como el de la Economía Social. En vista de ello, Nelson propone “el reconocimiento del ser humano que incluye tanto la individualidad y conectividad o relacionamiento, “una persona real tiene tanto una identidad individual como un sentido de solidaridad con otros” (Idem). En la siguiente sección analizaremos el tema del dinero, como un tercer marcador que delimita simbólicamente al trueque como un espacio de mujeres estigmatizado.

I.3. Dinero y créditos: marcadores simbólicos que delimitan el mercado y el trueque

En su trabajo *Reciprocidad, don y deuda* (2004), Emilia Ferraro insiste en la necesidad de realizar un análisis simbólico profundo sobre el dinero, en el marco de una investigación cualitativa sobre un fenómeno socio-económico como es en este caso el trueque, ya que son múltiples los significados que la moneda nacional cobra en la práctica— a pesar de ser intencionada a crear un estándar único de valor—. En concordancia con el enfoque de género de este trabajo, indagamos a continuación los significados, en términos de evaluaciones morales, que la gente vinculada al trueque atribuye al dinero de curso legal —pesos— en comparación con la moneda del trueque —los créditos— y otras monedas locales que circularon durante la época más aguda de la crisis, para descubrir las asociaciones de género que surgen de estos significados. En última instancia, los resultados encontrados determinan junto con los otros dos componentes analizados arriba (roles y valores), que el dinero es otro componente más de delimitación del espacio del trueque como un espacio de mujeres, donde no entran hombres.

Respecto al dinero de curso legal, hubo percepciones contrastantes en cuanto a juzgarlo negativamente. A pesar de que por parte de los intelectuales especialmente, y algunos fundadores, se rechaza el discurso de condena al dinero, (ver Coraggio 1998) este

discurso estuvo presente desde un inicio en los principios que impulsaron el trueque y se reprodujo entre algunos participantes y coordinadores del trueque. En particular, el primer principio reza:

1. Nuestra realización como seres humanos no necesita estar condicionada por el dinero.
(Revista Trueque 1999)

En esta afirmación se observa una valoración negativa al dinero y a los valores que se le asocian, los mismos que se especifican en los principios que analizamos en detalle en la sección anterior. Como contraparte, este discurso representa a la moneda social –los créditos- con características morales opuestas a las del dinero. Los créditos son la alternativa al dinero y a sus consecuencias, esto es, el lucro, la especulación, la competencia, etc. Una de las primeras ediciones de la revista *Trueque* de la Red Mayorista provee una representación que concuerda con lo expuesto,

[...] nuestros “vales” o “créditos” [son] la *corporeización de la moneda social*, la moneda sin interés, hecha por la gente para la gente, distribuida –al fin! – con criterio de equidad, que viene siendo lo único que recibimos por igual... Como el aire que respiramos, nuestra moneda social no reconoce diferencias: al comenzar el juego, cuando entramos a un club de trueque, todos recibimos lo mismo! Su producción y multiplicación es luego función de nuestras *capacidades y necesidades*, resultado de la *confianza y reciprocidad entre nosotros!*” (Trueque 1999: 3, itálicas en original)

Tomemos otro ejemplo de la memoria de esta ex socia y asistente a los talleres que impartía la Red Mayorista para promocionar el cambio cultural deseado:

Los dirigentes explicaban que el proceso tradicional es trabajo-dinero-vivir mejor. Pero que lo que se hacía reflexionar a la gente que se podía saltar la parte de “dinero” y que podía haber un vínculo directo, sin intermediación del dinero, para vivir mejor.” (Marcela Jaramillo, ciudad Buenos Aires)

La evaluación moral negativa de estos pronunciamientos es evidente, y en este punto resulta iluminante hacer una corta revisión de los antecedentes teóricos de este discurso, para luego descubrir de acuerdo a los objetivos de este trabajo los juicios valorativos que los actores involucrados hacen de los mismos, y hallar si a éstos juicios se suman asociaciones de género.

El mencionado es un discurso típicamente occidental que se remonta al pensamiento de Aristóteles, y posteriormente a Tomás de Aquino. Bloch y Parry (1989) en su libro “Money and the Morality of exchange” discuten extensamente el tema de la fetichización del dinero y explican que este es un discurso de “condena al dinero y al mercado a la luz de

un ideal de autosuficiencia de la unidad doméstica y la producción para el uso”, es decir la economía “natural”. (Bloch y Parry 1989: 2) De acuerdo a este ideal, el hombre está en un estado de “equilibrio de auto-suficiencia” donde sus deseos son finitos y los intercambios que realiza restauran ese equilibrio. Por el contrario, “el intercambio orientado por la ganancia, no es natural y es destructivo para los lazos entre unidades domésticas”. (Ibíd.: 2) Por su parte, en sus pronunciamientos respecto al dinero, Marx y Simmel coincidían en que éste promueve el crecimiento del individualismo y la destrucción de las comunidades solidarias. En definitiva, estos pronunciamientos denotan “... una cierta nostalgia romántica por un mundo en donde la producción era para el uso y la interdependencia de la comunidad humana no había sido corrompida por el intercambio” (Idem.)

La imagen verbal pintada a lo largo de la pared trasera del galpón donde cada sábado se realiza la feria de trueque más grande de Buenos Aires, el nodo reactivación en Bernal, ilustra acertadamente las nociones anteriores. No obstante, este ejemplo introduce un elemento nacionalista, que adquiere un significado especial en el marco de la agudización de la crisis económica argentina; cuando el mantenimiento del sistema de convertibilidad se tornó imposible, se planteaba la dolarización como una salida combinada con la inevitable devaluación. La imagen pintada es la de un billete-crédito, al lado de una bandera argentina, con la siguiente leyenda,

Aquí solamente en Ticket Trueque, Créditos. Edición 2003 del Programa de Autosuficiencia Regional. ¡No! a los \$US. (Nodo Popular, Bernal) (ver anexo I)

Reiteramos que éste discurso caracterizó a sectores específicos vinculados al trueque, especialmente en la coordinación, mas no fue una concepción generalizada. Sin embargo, consideramos pertinente presentarlo en tanto como observamos arriba, la influencia que alcanzó este discurso desde el grupo promotor del trueque es importante, lo cual se evidencia en el hecho de que el dinero constituye un elemento que simboliza la economía formal por oposición a otras prácticas económicas, como el trueque. Como evidencian las percepciones presentadas a continuación, esta separación no está libre de un sesgo de género.

Varios de los testimonios de los y las informantes coincidieron en relacionar el género y la división de actividades entre hombres y mujeres por la diferencia en la administración del dinero. La percepción común sobre quien gana y quien administra el

dinero, determina a su vez que los hombres pertenezcan naturalmente a la esfera de producción / trabajo formal mientras que la mujer asista a la esfera del consumo, como extensión de su actividad en el espacio doméstico. Carmina de Brazos Solidarios, lo expresa de esta manera:

[...] el hombre trae el dinero a la casa y la mujer lo administra. Ella siempre va a ser la que produce lo necesario para la casa. Siempre lo hace, el marido siempre trabaja y trae el dinero y la mujer tiene que administrar y hacerlo crecer para la familia.

Una percepción algo más académica que coincide la de Carmina establece que así como para “trabajar”, los hombres están educados para ganar dinero,

El hombre está educado para ganar dinero y eso moviliza la economía de un hogar. En una situación de desempleo, el hombre se deprime y ante esto tiene que romper la barrera cultural que le obliga a traer dinero a casa. (Horacio Covas, fundador, nodo Popular, Bernal)

En general cuando los y las informantes hablan del dinero de curso legal, usan una particular expresividad, que denota que el dinero es superior, en otras palabras, goza de un cierto poder (simbólico) respecto a los créditos pues estos sirven únicamente en el trueque. Por ejemplo, en un comentario respecto al dinero, Julia del nodo Popular en Buenos Aires, me dijo que los créditos no servían, más que en el trueque, y que su marido ofrece las mismas verduras que ellas tenían en su mesa en el trueque, pero en la feria, pues eso les daba plata. Su expresión respecto al dinero enfatizó el valor superior que tenía el dinero respecto de los créditos. (diario de campo Buenos Aires). Yolanda, coordinadora del mismo nodo corrobora esta percepción, “los hombres van por plata... las mujeres tienen más maña para negociar en el trueque”.

Otros testimonios enfatizan la idea de que el trueque no es una actividad que puede por sí sola proveer recursos para el sustento de la familia, nuevamente relacionado con el alcance limitado de los créditos respecto al dinero,

El caso de mi viejo, él dice que [el trueque] para él es perder tiempo. Porque dice que lo que sirve es la plata y nada más. Yo le he dicho una sola vez, no me parece porque se consiguen cosas como con la plata, no todo, pero bueno. Pero él dice lo básico lo que alimenta a la familia es la plata, la moneda legal. Pero para no entrar en polémica viste, yo le dejo con su idea. (Carlos, Brazos Solidarios)

El trueque es una actividad desvalorizada, es “cosa de cachivacheras”, el mercado alternativo es “cosa de perdedores” y “ser macho es ganar dinero” (Nodo Obelisco, diario de campo Buenos Aires)

Al tiempo que el dinero recibe una valoración positiva (simbólica, no cuantitativa), evidentemente relacionada al espacio “natural” que ocupan los hombres, los créditos son un

medio de cambio en el trueque simbólicamente desvalorizados por la gente. La devaluación de los créditos (y la consecuente inflación de los precios en créditos) en los espacios de trueque responde a varios factores que incluyen, entre otros, la sobre emisión de créditos por parte de la coordinación en las redes, la introducción de créditos falsos, y –como tratamos de mostrar a continuación- la desvalorización simbólica de los créditos respecto al dinero. De ello precisamente deriva que el comportamiento de la gente en una situación inflacionaria en el trueque sea muy distinto al que fuera en los ámbitos comerciales tradicionales. En concreto, la gente no le da importancia al precio de los productos, paga cualquier precio, así éste sea significativamente más alto que su equivalente afuera del trueque o en otros nodos de la red¹⁴.

Es un papel el crédito. Para mí no tiene valor como tiene el dinero. Si te piden 100 pagas los 100 porque no es plata. (mujer nodo Villa Libertador)
Los hombres no se interesan en eso [los créditos], ni saben como funciona (Mónica de Brazos Solidarios, Córdoba).

Ilein Vazquez, socia del nodo Vertoli en Córdoba, e investigadora sobre trueque para la Universidad Nacional de Córdoba- aportó con un razonamiento que explica este comportamiento desde las percepciones de la gente sobre el “trabajo” que da dinero, y la actividad asociada al trueque, que no se considera un trabajo como tal. Un “trabajo”, de acuerdo a sus encuestados presenta el esquema de un espacio ajeno al doméstico, con un horario fijo de 8 horas, siete días a la semana, caracterizado por un ambiente hostil, sometimiento a un jefe, y el temor e incertidumbre por un despido intempestivo. El “sacrificio” que implican estas situaciones es recompensado con el sueldo que reciben en dinero. De acuerdo a Ilein Vázquez, la gente pelea por precios altos en pesos porque ese dinero “les cuesta conseguirlo”. Por el contrario, “los créditos se consiguen fácil, no con trabajo”, en particular para las mujeres quienes producen, por ejemplo, una porción más de empanadas en su casa para llevarlo al trueque. Por eso no les importa pagar cualquier precio en créditos. (diario de campo Córdoba)

Las mujeres de Brazos Solidarios confirman la percepción sobre su trabajo en la forma de producción para el trueque como nada más que un “adicional,” en parte porque no

¹⁴ Como una referencia para la fijación y control de precios dentro de los espacios de trueque, se estableció una paridad (ideal) de uno a uno de los créditos frente al peso. Sin embargo en la etapa previa al declive del

reciben dinero por ello, y además porque lo realizan dentro del hogar un ambiente que no cuenta con las características de un “verdadero lugar de trabajo”, que implica una rutina horaria y una atmósfera hostil e incierta.

Nilda- lo que pasa es que la vida de antes cada una con su trabajo. La que no trabajaba, trabajaba en su casa, y la que trabajaba afuera tenía otras funciones. La que estaba en su casa tenía una sola función y más venir al trueque.

Otras – no le costaba nada venir... (Grupo focal, Brazos Solidarios)

Algunos informantes aportaron con la observación de que las mujeres pueden llevar a sus hijos al trueque y cuidar de ellos ahí, y esto marca una gran diferencia entre el trueque y un lugar de trabajo donde no podrían llevarlos. Todo esto nos lleva considerar acertada la afirmación de que el trueque es la extensión del espacio doméstico, pues allí las mujeres continúan realizando las actividades tradicionales que derivan de su rol de amas de casa.

Volviendo al tema de la desvalorización de los créditos, presentamos la hipótesis sobre la participación femenina mayoritaria relacionada a las distintas monedas que circularon durante el periodo de crisis económica/ auge del trueque. En concreto, existe una relación entre el incremento en la participación masculina en el trueque, y la re-valorización de los créditos durante la época de auge del trueque. Fabiana Leoni, investigadora del equipo de Economía Social de la Universidad de General Sarmiento (Buenos Aires) describe las distintas tendencias de participación de los hombres de acuerdo a las percepciones cambiantes de los créditos en distintas etapas: antes, durante y después de la agudización de la crisis argentina / auge del trueque.

Al inicio todos hablaban de los créditos como esos papelitos que no valían nada. Bueno, hacían trueque directo o los créditos se gastaban con mucha facilidad porque no tenían mucho valor. Sobre todo los hombres, como que rechazaban mucho que voy a ir a hacer, a trabajar a vender por esos papelitos que no sirven para nada. (entrevista personal con la autora)

Sin embargo, la participación masculina se incrementó –como indican los datos presentados en la introducción- a medida que los créditos cobraron valor en la sociedad por su relacionamiento con otras monedas provinciales, que coincidió con el periodo de auge del trueque,

En la medida en que ese dinero comenzó a estar en circulación (las monedas que fueron surgiendo, los lecops, patacones), los créditos fueron cobrando también confianza, la

trueque, el “uno a uno era un mito” en palabras de un informante. En algunos casos, la relación era de aproximadamente 10 a 1 (Red Fraternal de Trueque, Córdoba).

gente los empezó a valorar, entonces esos créditos se asemejaban cada vez más al dinero, a la plata. Ya no eran más papelitos sin importancia [...] Permitted acercarlo al dinero de curso legal (Fabiana Leoni, entrevista personal con la autora).

Al tiempo que la desvalorización a los créditos se hace primordialmente por parte de los hombres, en los testimonios se proyecta una imagen de la mujer tratando de convencerle de que los créditos “sí valen”. Por ejemplo, la expresividad de Francisca (Brazos Solidarios) al hablar la primera vez que se ganó un crédito por su propio esfuerzo, enfatiza también en el valor que ella sí le da a este medio de cambio.

Vos no sabés la emoción de poder recibir mi primer papelito que es el crédito que le llaman ahora...La emoción de poder haber conseguido algo con nuestro esfuerzo no sabes lo que fue eso. (Francisca)

Y las mismas mujeres te decían de sus experiencias con sus hijos mayores o sus esposos. Como que estaban perdiendo el tiempo atrás de esos papelitos y ellas trataban de demostrarles, no, estos papelitos tienen un valor, el valor del intercambio. (Fabiana Leoni, Buenos Aires)

Es lógico que en tanto eran mujeres las mayores beneficiarias del trueque, era su trabajo en particular el que estaba representado en los créditos, y por tanto su manera de evaluarlos era distinta a la de los hombres. Lo interesante de lo que hasta aquí presentamos como las evaluaciones de género que cobran el dinero respecto a los créditos, es que éstas coinciden con las evaluaciones morales que se hacen de los mismos. Retomemos la reflexión de Fabiana Leoni,

En la medida que la gente empezó a darle valor, se empezaron a acumular, empezó el comercio, mucho en torno a eso. Pero marcó significativamente la aparición de estas otras monedas de uso provincial. Permitted acercarlo al dinero de curso legal.

Entonces, en la medida en que los créditos se “acercan” simbólicamente al dinero en las percepciones de los actores, las consecuencias negativas de éste se reproducen en el trueque. Varios testimonios coincidieron en que cuando la gente interpreta a los créditos de la misma manera que el dinero de curso legal, se producen situaciones como la acumulación de créditos, la especulación de los precios, y en este contexto se habla de la “contaminación” de la red con créditos, y en última instancia de la destrucción del trueque,

Hay personas que tienen acumulados los créditos porque creen que es plata (Daniel Carballo, nodo Centro Córdoba).

Mariana dice que el trueque esta contaminado con el crédito, se contaminó la red. Por eso decidió separarse y trabajar en pro de un ideal de autosuficiencia. Se habla del “saneamiento del crédito” en la Red. (diario de campo Córdoba)¹⁵

El estigma que tiene el dinero de curso legal –los pesos- como un elemento que corrompe este sentido ideal del trueque (intercambio sin intervención de dinero), alcanza un extremo en el que incluso el dólar es preferible como una referencia,

El dinero hoy en día no tiene casi valor. Yo les hacia ver, que como es acá para la gente el dólar con el peso, bueno tenemos que ver el crédito es el que tiene que tener el valor como si fuera un dólar porque esta tu trabajo ahí. Si realmente ese crédito que se obtiene es a fuerza del trabajo de una persona [...] el crédito debe seguir representando que vos trabajaste por tenerlo. No que lo obtengas tan fácilmente, con dos o tres pesos como hacían otros nodos, o porque vayas y pongas un zapato que no lo usas más. (Carmina, nodo Brazos Solidarios, Córdoba)

Por el contrario, cuando los créditos adquieren una representación simbólica distinta (opuesta) a la del dinero, reciben una valoración positiva, “El trueque me ha dado gustos que a lo mejor con plata no me podría dar” (Francisca, Brazos Solidarios). Esta satisfacción fue la que varias mujeres expresaron al hablar de todas esas cosas que con créditos hicieron en “los buenos tiempos del trueque”, como por ejemplo la posibilidad de hacerles la fiesta de quince años a sus hijas, “como ellas realmente querían”, es decir con un hermoso vestido y zapatos nuevos, fiesta, servicio de catering, disco móvil, etc. Estos bienes de la clase media, que son lujos para los grupos menos aventajados económicamente, estuvieron disponibles en los espacios de trueque durante la época de mayor auge. Hoy que el trueque ha decaído, y estos bienes no están más disponibles, está presente una especie de percepción romántica sobre los créditos y el trueque.

En definitiva, de esta sección concluimos que las evaluaciones de género que asocian a los hombres con el dinero, y con la esfera de trabajo formal (productiva) y a las mujeres con la esfera del trueque (informal) como una expresión de la esfera reproductiva, coinciden con las evaluaciones morales negativas que recibe el dinero respecto a los créditos (Parry y Bloch 1995). Más aún, como observamos anteriormente, los tres

¹⁵ Sobre el saneamiento del crédito, la estrategia adoptada desde la coordinación de la Red Fraternal de Trueque en Córdoba para combatir la inflación fue una convertibilidad por medio de la cual los créditos en circulación fueron devaluados y cambiados por una nueva moneda llamada Pan, una unidad que equivalía a 2.5 créditos. La intención con el significado para el nombre del nuevo bono fue cambiar las percepciones corrientes que interpretaban a los créditos como dinero, para que tras el cambio asocien los nuevos créditos-pan precisamente con un pan, cuyo precio en pesos era de 2.5. Así se reestablecería el sentido ideal del trueque como un intercambio de bienes sin intervención de dinero (aceite por panes, harina por panes, pantalones por panes, etc.)

componentes, dinero, valores morales y prácticas tradicionales de género son tres elementos fuertemente interrelacionados en las percepciones de los actores, que actúan como marcadores simbólicos del espacio del trueque como un espacio de mujeres, donde no entran hombres.

1.4. Reflexión conclusiva

Una historia reiterada que contaron varios participantes del trueque fue ésta, “...habían hombres que yo veía que llevaban a sus esposas hasta las puertas y los tipos no entraban dejaban a su mujer con todos los bolsos en la puerta con el coche y se iban, y no entraban... [o] se quedaban afuera fumando” (J.M. Nieves, Buenos Aires) A esto, Silvina, psicóloga voluntaria en Brazos Solidarios, añadió la imagen de los hombres que desde afuera, detrás de las rejas que encerraban la feria de trueque, llamaban la atención de sus esposas, madres, etc., para pedirles que adquirieran tal o cual producto que ellos deseaban. Las percepciones presentadas en esta primera parte, demuestran que este “muro invisible” (Auyero 2001) está presente en las estructuras subjetivas de los actores, y está constituido por determinantes simbólicos, esto es, prácticas, bienes y “afectos” que delimitan al espacio del trueque de acuerdo a los significados (simbólicos, morales) que los actores les atribuyen. En particular comprobamos cómo las evaluaciones de género coinciden con las evaluaciones morales que adquieren estos elementos, lo que se traduce en una polarización de las mujeres al espacio del trueque / comercio (informal)/ consumo y de los hombres al ámbito del mercado formal /producción a gran escala.

Como hemos visto, los tres elementos que salen en las percepciones, esto es, los roles de amas de casa y las prácticas relacionadas –ir a comprar o vender su producción para alimentar a la familia-, los valores morales –solidaridad, amor- y el dinero –los créditos que también contienen una carga de moralidad-, están todos fuertemente relacionados entre sí porque apuntan a la situación de maternidad de las mujeres que implica precisamente “nutrir y orientar moralmente”. (Auyero 2001:153) Las respuestas guardan relación directa con el lente por el cual los actores perciben el rol de las mujeres como asociado “naturalmente” a la maternidad, un lente de “principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones”, cuya característica es que producen regularidades que aparecen como “necesarias y naturales”. (Bourdieu 1991: 94).

Las conclusiones de esta sección coinciden con la forma en que la teoría económica clásica y neoclásica ha representado al “campo económico” como “un cosmos [diferente y autónomo] que se somete a sus propias leyes... como un universo separado.” (Bourdieu 2003: 19) Según Bourdieu, el proceso por el cual la “teoría pura” ha realizado esta separación ha implicado que progresivamente

las transacciones económicas han dejado de concebirse partiendo del modelo de los intercambios domésticos y sometidas, por lo tanto a los imperativos de las obligaciones familiares (“en los negocios no hay cabida para los sentimientos”) o sociales; y el cálculo de los beneficios individuales, y, por consiguiente, el interés económico se ha impuesto como principio de visión dominante, cuando no exclusiva, en contra de la represión colectivamente impuesta y controlada de las tendencias calculadoras vinculadas a la economía doméstica. (Ídem.)

Desde el punto de vista del género, como anticipamos ya en la sección I.2. sobre los valores morales, en tanto los elementos simbólicos que resultan en las representaciones opuestas de estas dos esferas “autónomas” están atravesados por un eje de moralidad, podríamos considerarlos como una extensión de la separación entre lo público y lo privado. Sin embargo, tras analizar en detalle la experiencia del trueque en Brazos Solidarios con relación a otras experiencias en la sección II, comprobaremos como desde un punto de vista simbólico, esta autonomización es una ficción pues los componentes simbólicos (capital simbólico, capital económico, capital social) que de acuerdo a estas percepciones caracterizan naturalmente a ambos campos son convertibles en cualquiera de las dos esferas.

Por otra parte, el hecho de que a nivel de percepciones se relacionen el espacio doméstico con el espacio del trueque de tal manera que éste sea una mera extensión del primero (en concordancia con la tesis dualista de intereses), no explica porqué este espacio no es considerado “público”. Debemos preguntarnos entonces, en base a qué definir las mencionadas esferas “producción” opuesta a “consumo-comercio”, como pública la una y privada la otra.

Para el efecto, refirámonos a Pateman y su observación sobre la actividad que tiene lugar en el sector formal de la economía como “el mundo público del empleo remunerado”, contrapuesto a un sector informal de “empleos poco remunerados, de bajo estatus y consideración auxiliar” —está última fue como vimos, una percepción reiterada sobre cómo conciben los participantes del trueque la actividad de las mujeres. De hecho la experiencia latinoamericana confirma la afirmación de Pateman en tanto el sector informal es ocupado

mayoritariamente por mujeres. Más aun, aunque el enfoque de la Economía Social quiera re-significar actividades como el trueque, las cooperativas, mutuales, micro-empresarios como “un subsistema articulado de economía popular” y no como parte del sector informal o del tercer sector, desde un punto de vista general el trueque se acerca a la definición de este sector, en tanto es un emprendimiento que no está regulado por una institución privada o del Estado, y no cuenta con beneficios de seguridad social.¹⁶ En este sentido podemos entender la polarización de géneros en el campo económico las mujeres al trueque-comercio (informal)-consumo y los hombres a la esfera de la producción, como una extensión la separación histórica entre lo público y lo privado. Aplicando la afirmación de Pateman a nuestra reflexión en la esfera de las prácticas socio-económicas, en particular el trueque, podemos decir que “los mundos “separados” de la vida privada (mundo privado de la esfera doméstica conectada al comercio informal y al consumo) y la vida pública (mundo público del empleo formal), están interrelacionados, conectados por una estructura patriarcal”. (Pateman 1996: 18) Las implicaciones de esta separación son -desde las estructuras subjetivas de los actores- que el trueque sea un espacio estigmatizado de mujeres, lo cual puede traducirse en la práctica en un aislamiento de ellas del espacio público, hacia lo que sería la extensión de la esfera doméstica, y consecuentemente, menos posibilidades de inserción en el mercado formal.¹⁷

Tal como la planteamos, la conclusión de esta sección constituye un acierto para la tesis dualista de los intereses prácticos y estratégicos de género, ya que de acuerdo a las

¹⁶ La definición completa en la referencia (tomada de Marcouiller, Douglas, et.al. 1997) enfatiza en el tamaño del emprendimiento como un factor determinante para calificar dentro de esta categoría. Sin embargo por estar articulado en redes, y debido al tamaño que alcanzaron muchos de los nodos durante la época de auge, este elemento no coincide exactamente con esta específica definición. Por otra parte, si bien el trueque no está regulado por normas de instituciones formales privadas o públicas, cuenta con autonomía propia manifestada en su reglamento y en su estructura organizativa regulada por reuniones de coordinadores zonales y plenarios de la red. Sin embargo con fines argumentativos, comparamos esta actividad con aquellas que conforman al sector informal.

¹⁷ Es interesante notar que lo encontrado en esta sección coincide con una tendencia actual del mercadeo y las estrategias publicitarias en el marco de la expansión y promoción del libre mercado, de apuntar a la mujer ya no tanto como una habitante natural del espacio doméstico, sino más bien de la esfera del consumo. “Nacidas para comprar” es el título del artículo de uno de los números del año 2003 de la revista “Vanidades”, donde las mujeres-objeto que son las protagonistas del reportaje (i.e. Jennifer Lopez, Britney Spears, Penélope Cruz, entre otras) son representadas como compradoras naturales y además compulsivas –no miran el precio, solo apuntan instintivamente a los objetos suntuarios que desean adquirir. Además, paulatinamente los supermercados ubican a la mujer en el centro de sus anuncios publicitarios, enfatizando el rol central que ella juega como madre y esposa (que alimenta, que nutre) en estos espacios pues ellas son las encargadas de llevar a casa las provisiones para la familia. De la misma manera, las percepciones expuestas en relación a la

percepciones presentadas, la participación de las mujeres (pobres) en el trueque únicamente funciona para resolver las necesidades inmediatas de estas mujeres (intereses prácticos) que al estar asociadas con su rol tradicional de madres / amas de casa refuerzan a la larga su subordinación, sin necesariamente lograr los intereses estratégicos de género. Estos son alterar la división del trabajo por género, o los sistemas de percepción y significación del género, situación que se traduce en la reproducción de los estereotipos tradicionales.

No obstante, el análisis de los fenómenos sociales debe incluir una indagación tanto de los sistemas subjetivos/mentales (estructuras estructurantes) –lo que hemos intentado en esta sección- como de las relaciones objetivas (estructuras estructuradas) en las que los individuos están ubicados (Bourdieu 1997). En concordancia con ello, en la segunda parte realizamos un acercamiento a la vida y experiencia de las mujeres del nodo Brazos Solidarios, para descubrir los significados que ellas confieren a su práctica, que desde el discurso aparece como reproductora de las diferencias de género. En efecto, la experiencia de estas mujeres, en tanto constituyen una comunidad orgánica, desvirtúa extensamente la tesis dualista de intereses, en tanto aquellas diferencias adquieren nuevos y variados significados que a su vez resultan en situaciones positivas para las mujeres en términos de su percepción sobre si mismas y las de los demás. Este análisis nos llevará a concluir desde una perspectiva de identidad que el trueque en el nodo Brazos Solidarios, es un espacio de empoderamiento para las mujeres.

Bajo esta misma perspectiva, responderemos a la pregunta sobre las consecuencias prácticas de la polarización de las mujeres al trueque, esto es sobre la sustentabilidad del trueque como alternativa de desarrollo para las mujeres, enfatizando en que las características de Brazos Solidarios como una comunidad orgánicamente articulada determinan que los beneficios subjetivos/simbólicos (en términos de empoderamiento) y las posibilidades materiales (en términos de reinserción al mercado mediante micro emprendimientos) son resultados positivos del trueque focalizado como una actividad local alternativa de desarrollo integral.

participación de las mujeres en el trueque muestran claramente esta asociación en cuanto al consumo y también en cuanto al comercio.